



**15** relatos de Alonso Ibarrola  
ilustrados por Juan Berrio

© del texto: Alonso Ibarrola  
alonsoibarrola.com

© de las ilustraciones: Juan Berrio  
juanberrio.com

Edición de los autores. Madrid, 2018.

|                   |    |
|-------------------|----|
| Prólogo           | 4  |
| La residencia     | 6  |
| El reglamento     | 8  |
| En defensa propia | 10 |
| El cuento         | 14 |
| El filántropo     | 16 |
| En el túnel       | 19 |
| La tercera copa   | 22 |
| La fuga           | 24 |
| La camarera       | 26 |
| En la cárcel      | 28 |
| Un marido         | 30 |
| Niño modelo       | 32 |
| Ileso             | 34 |
| Déspota           | 36 |
| El hada           | 38 |

## PRÓLOGO\*

HE ESTADO EN ESPAÑA DOS O TRES VECES. Es un país con el que congenio, donde tengo cinco o seis amigos queridísimos, lo mismo que en Milán o en Roma. Ni tan siquiera las corridas son capaces de hacerme sentir las diferencias que, sin embargo, existen. Nosotros podríamos ser ellos y ellos, nosotros. Como dos hermanos de una misma familia. Mezclo en mi profundo amor los pimientos a la gallega con Rafael Alberti, las miradas de las mujeres, que se disparan de un ojo sumiso y de otro libre, con García Lorca, y esos versos tan bellos de Machado sobre los senderos del mar; todo lo mezclo, como por ejemplo una noche por las calles de Barcelona, en compañía de Ricardo Muñoz Suay y otros amigos, tratando de concebir un filme como si la cámara pudiera alcanzar la velocidad del pensamiento. Nos movía la necesidad de actuar contra las reglas establecidas y de incorporar el objetivo, eliminando las mediaciones; tal era el ansia de expresarnos rápida y libremente, costase lo que costase. En tal estado de ánimo ni tan siquiera me percaté de que leía en español las narraciones del joven Alonso Ibarrola. Conozco muy mal su lengua; sin embargo, yo caminaba derecho como por una línea dialectal, porque en el dialecto se puede ser sintéticos, lagunosos hasta el máximo, porque algo misterioso, algo consanguíneo rellena los vacíos. Y aun cuando yo no entendiese, siempre había algo en lo que decía el humorista Alonso Ibarrola que me dejaba la impresión de haberle entendido. No sé cuánto vale según los parámetros críticos, literarios: Alonso Ibarrola ha alcanzado desde su primera manifestación literaria esa seriedad de fondo respecto a la vida que sólo puede expresarse a través de una risa que se mide a sí misma. Querer hacer reír a los

demás es una postura solidaria, una alarma dada con generosidad, la confianza en la posibilidad de un coloquio, un diálogo, y de que el prójimo merece nuestra atención como nosotros merecemos la suya. Amén.

El humorista es uno de esos hombres que están siempre en el borde del equívoco; la risa de los demás puede embriagar y hacer perder el respeto que el hombre más debe al hombre. Evidentemente hablamos del humorismo que se basa en la convicción y no en el efecto, que alimenta la conciencia crítica sin proclamarlo, que nos ayuda a tomar conciencia de nuestra libertad, esa libertad que tantas veces olvidamos, que cuanto más contesta al hombre, más lo centra en su propia razón de vivir, en su dignidad. La insinuación, la alarma del humorista es una ventana fragorosamente abierta de par en par por el temporal. Pero a veces basta una hora para reintegrarnos en la fuerza de la costumbre y en el silencio frente a los abusos.

Alonso Ibarrola humorista (me repito), ama la vida en la medida en que intenta discutirla. La alegría de no ser ciego, que tan poéticamente refleja en una bellísima narración, es la alegría de vivir, un grito de agradecimiento a desconocidos, el júbilo de existir hasta las lágrimas; pero Alonso Ibarrola, en el modo de decirlo, en sus giros sintácticos, en el tono, en el estilo, en suma, que es una de las maquinaciones de la ironía, consigue advertir que en lo lírico, además de la belleza está también la verdad, alcanzable sólo a través de la lucha.

**Cesare Zavattini**

*Roma, Abril de 1971*

---

\* Publicado originalmente en *Historias para burgueses* (Madrid, Editorial Fundamentos 1971)

## LA RESIDENCIA

**I**ba a verla todos los días. Su madre llevaba tres años en una residencia geriátrica, y le faltaban pocos años para llegar a centenaria. Algunas veces llegó al convencimiento de que jamás moriría. Su salud era de hierro, su carácter enérgico, agresivo y polémico con todos los que la rodeaban y cuidaban. Pero su salud mental comenzó poco a poco a degradarse. Comprobaba que iba perdiendo la noción del tiempo, la referencia de las cosas y de las personas. En este progresivo decaer, un día le planteó enérgicamente por qué la cambiaban constantemente de habitación. Era una queja más de tantas que formulaba a lo largo de los días, de los meses, de los años. Pero ésta constituía una novedad. De nada valieron las explicaciones que le dio. Insistía. Hasta que tuvo una feliz ocurrencia. Había un punto de referencia incuestionable: “En tu mesilla, están siempre las fotos de tu difunto marido y de tu biznieto. Ésa es tu habitación. Siempre que te lleven a ella, y compruebes que están las fotos, sabrás que es tu habitación”. Miró a su hijo seriamente, como si estuviera escuchando una solemne tontería, y replicó: “En todas las habitaciones que me llevan están las fotos de tu padre y de tu nieto sobre la mesilla”. Se hizo un silencio. Un mes más tarde murió. Trasladado su cadáver al tanatorio, el hijo se dirigió a la habitación vacía y recogió los objetos personales, entre ellos las fotos de su padre y de su nieto. A lo largo del pasillo de la residencia, iba con su pequeño maletín, cabizbajo y lloroso. De repente, se detuvo, estupefacto. Había observado que en la habitación contigua, cuya puerta estaba abierta, pues era el momento de la limpieza general, había sendas fotos de su padre y de su nieto en la mesilla. Su asombro no tuvo límites cuando comprobó que en todas las restantes sucedía lo mismo...



## EL REGLAMENTO

Llevaban casados tres años y pasaban estrecheces económicas. Es por ello que, cuando en su empresa convinieron en admitir a diez nuevas secretarias, se lo dijo a su mujer. Ésta superó las pruebas de aptitud y obtuvo la plaza. Al rellenar los impresos declaró ser “soltera” y dio como domicilio el de sus padres. Estaba prohibido terminantemente en la empresa que trabajaran marido y mujer. Todo fue bien. Se ignoraban mutuamente cuando se veían en los pasillos y despachos y se evitaban a la salida. Cada uno iba a su casa por caminos diferentes. Un día de verano no pudieron resistir la tentación y fueron sorprendidos por una compañera en el sofá de la sala de visitas, en la hora de descanso asignada para el almuerzo, en postura muy comprometedora. La empresa juzgó que la culpable era ella (él llevaba quince años en la misma, demostrando una conducta intachable) y la despidió. Él siguió en su puesto, aguantando las miradas irónicas y sonrisas maliciosas de sus compañeros y sobre todo las cartas anónimas que le dirigían a su mujer. “Tenga cuidado. Es un sinvergüenza”, decía una de ellas. Y contaba lo ocurrido...

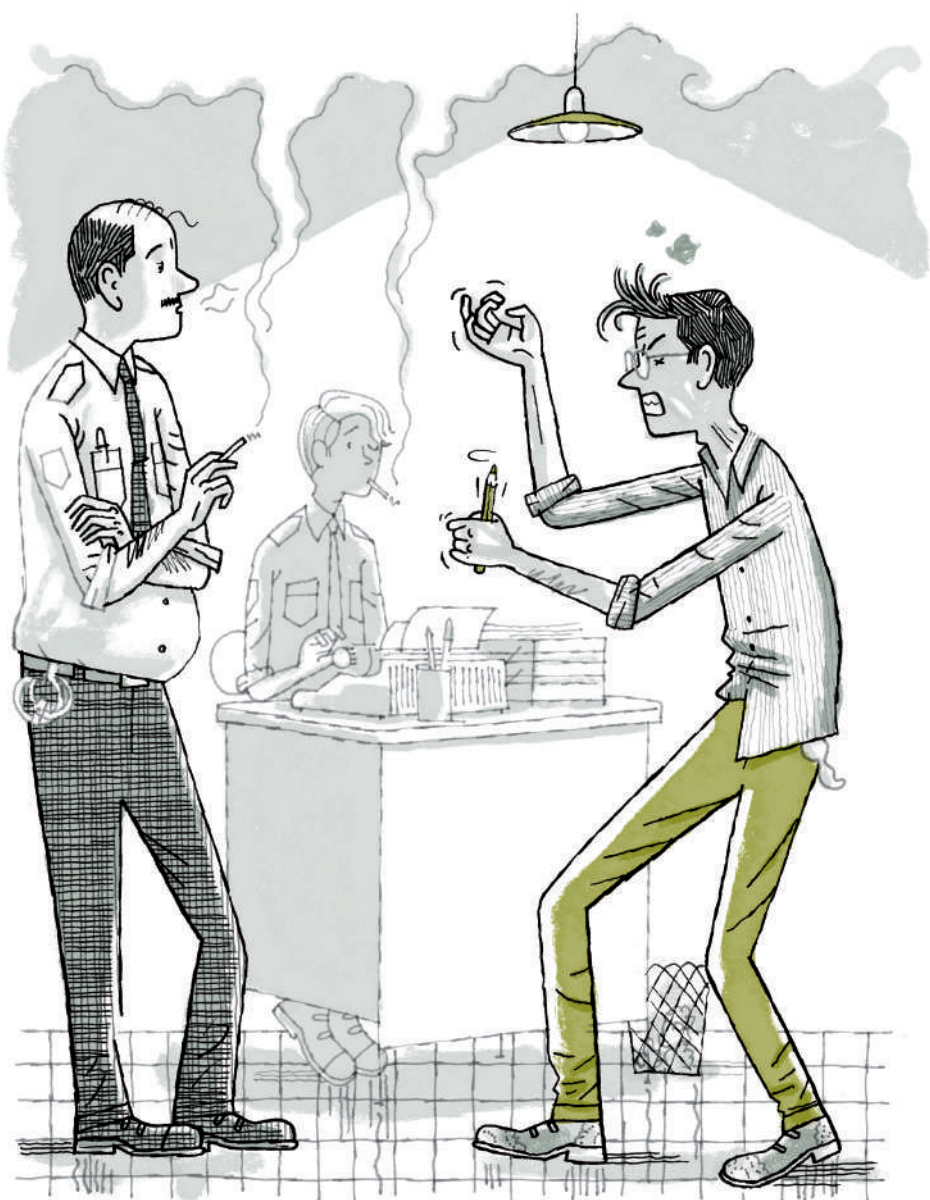




## EN DEFENSA PROPIA

“**H**e sido yo, en defensa propia”. Estas fueron las primeras palabras que pronuncié en la Comisaría de Policía, ante un paciente inspector. Me pidió que esperara un momento. Llegó el oficial de guardia, introdujo varios impresos en una máquina de escribir, un tanto anticuada, me pidió la filiación completa y, a una señal aprobadora de su cabeza, empecé. “Regresaba esta tarde a mi casa, en mi coche, tras un día de trabajo intenso. Estaba cansado y de mal humor”. “Al grano”, me interrumpió el comisario. Insistí en que mi estado de ánimo era muy importante ser tenido en cuenta, como comprobaría más tarde. Influyó, insisto, muchísimo en mi posterior comportamiento. Quizás en otro momento, otro día cualquiera, me hubiera asustado al ver surgir ante mí las figuras de los muchachos esgrimiendo sendas navajas en la semipenumbra del garaje. Ignoro cómo entraron. No hay vigilantes ni guardas, pero las puertas se abren solamente con llave propia, automáticamente. Aprovecharían algún descuido. El hecho es que estaban allí... Yo, vuelvo a repetir, estaba de mal humor. Cosas del trabajo, la familia, la mujer, los hijos... El hecho es que les dije, mejor dicho, les grité: “¡Hijos de la gran p...! Venid aquí, uno por uno, que os voy a matar!”. Instintivamente se echaron hacia atrás, con las navajas apuntadas hacia mí. Loco de rabia y furor me quité la gabardina, la chaqueta, los pantalones, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines, la faja del reuma —ellos me miraban atónitos— y en escasos minutos me quedé totalmente en cueros. “¡Matadme —les dije— de prisa, vamos, pero no faltar, porque luego me toca a mí... y pienso mataros a los tres! ¡Y espero averiguar la dirección de vuestros padres, de los abuelos, de los herma-

nos, de toda la familia, necesito matar a todos los de vuestra calaña, cabrones, maricones, hijos de la gran puta!”. No reaccionaban y yo cada vez me enfurecía más. Me abalancé sobre uno de ellos. Los otros dos echaron a correr. No sé lo que hice. Lo arrojé por tierra, lo agarré por el cuello, golpeé su cráneo contra el cemento del suelo, cinco, diez, veinte veces, le salía sangre por la nariz, en abundancia. Luego, recordando la presencia de los otros dos, lo dejé en paz, tendido. A primera vista no se veía a nadie. Blandía la navaja de mi primera víctima. En ningún momento llegué a pensar que podía estar muerto. Estaba seguro de que sus compañeros se ocultaban entre los coches aparcados. Les conminé a salir, a voz en grito, a que lucharan de hombre a hombre... Inútil. De repente vi una figura junto a la puerta de salida. Trataba de forzarla, de huir, de salir de allí, pero no daba con el mecanismo. Proferí un grito de triunfo y el muchacho se volvió, aterrorizado. Dejó caer su navaja. Me acerqué a él a la carrera y de un salto clavé la navaja en su estómago. Se derrumbó como un guiñapo, sin emitir gemido alguno. Me costó esfuerzo recuperar la navaja, porque se la había clavado hasta la empuñadura. Repetí la operación varias veces. Mi ira y mi mal humor no se aplacaban. En ese mismo instante sentí un dolor agudo en un costado. El tercero en discordia me había atacado por la espalda. Me volví hacia él. Había tenido suerte, sólo tenía un pequeño rasguño. Empuñé de nuevo la navaja y quedó petrificado. Mi mirada y mi actitud le aterrorizaban, sin duda alguna. Lentamente se puso de rodillas y comenzó a musitar: “Por favor, no me mate. Se lo ruego...”. Poco más pudo decir. De un tajo lo degollé. Su sangre salía a borbotones. Le saqué un



ojo y luego el otro... no sé cuántas cosas más llevé a cabo, cosas que a fin de cuentas sirvieron para aplacarme. “Esa gente, señor inspector, abusa de nuestra paciencia, de nuestra buena fe, de la buena voluntad de ciudadanos pacíficos como yo. Que tengan cuidado, porque podemos perder la compostura. Me comprende, ¿verdad?”. Fueron muy amables. Tomé la taza que me ofrecieron y me sentí tranquilo. Tuve que esperar una hora aproximadamente. Temía que estuvieran comprobando mi declaración en todos sus puntos y detalles. Me comunicaron —en la voz del inspector había cierta decepción— que en el garaje no había ningún cadáver, ninguna traza, señal, rastro de lucha, desorden o anormalidad alguna. Me mostré confuso y perplejo. “¿No se habrán equivocado de garaje?”. El inspector amablemente me agarró del brazo y me invitó a irme a casa. “Descanse, tranquilícese, si hubiera alguna novedad ya le llamaríamos”. No dije nada a mi mujer ni a mis hijos, que además me prestaron muy poca atención, ya que estaban viendo una película en la televisión. A solas en el dormitorio, comprobé una vez más que, desgraciadamente, me faltaba la cartera, el reloj de pulsera y el anillo de oro nupcial. No podía conciliar el sueño y me hice el dormido cuando oí que mi mujer se acercaba tras haber finalizado la programación televisiva. Ella no debía saber nada. ¿Cómo explicarle que tres muchachos imberbes, blandiendo unas pequeñas navajas, me habían robado en el garaje, que no había dicho palabra alguna ni opuesto resistencia alguna y que me oriné? ¿Por qué la Policía tiene que comprobar tantas declaraciones? ¿Es que no tiene que hacer otras cosas más importantes? Y seguramente pensarán que estoy loco... ¿Usted qué cree, doctor? Bueno, no me mire así. Se acabó. ¿Qué le debo?

## EL CUENTO

**L**a niña se despertó a media noche y comenzó a llorar, exigiendo a voz en grito “que le contaran un cuento”. La madre, rendida por el cansancio de la fatigosa jornada, se resistía y pidió con mal talante a su marido que interviniera. El marido, mascullando palabrotas, se levantó y se dirigió a la habitación de la niña. Ella quería escuchar, una vez más, el cuento de “Caperucita”. El padre, rabioso y enfurecido, contó con gran fuerza descriptiva la popular narración. Introdujo algunas variantes (quizá producto de su mal humor), incidiendo con todo género de detalles en la muerte de Caperucita, devorada no por uno, sino por muchos lobos. Crujieron los huesecillos de Caperucita, se quedó sin ojos, sin dientes, sin nariz, la sangre manchaba el césped... Cuando la niña se hubo dormido, el padre se retiró calladamente. A la mañana siguiente, la madre, observando a la niña, que dormía con el cuerpecito rígido, las manos crispadas y los ojos abiertos, redondos como platos, preguntó al marido: “¿Qué le contaste a la niña?”.





## EL FILÁNTRPO

Ciertamente no había muchos pasajeros y casi todos parecían dormir en sus asientos. Serían las diez de la noche y regresábamos a nuestros hogares, cansados y quizás derrotados por la brega diaria. En la siguiente parada, las puertas del vagón del metro nocturno acogieron solamente a un pasajero. Nadie le prestó atención. Arrancó el convoy y empezó su letanía, una letanía bien conocida desgraciadamente... “Señoras y señores, perdonen la molestia...”. Nadie se inmutó. Nadie se fijó en él. Porque de voz masculina se trataba en esta ocasión. Y la voz proseguía: “Soy un padre de familia, tengo seis hijos, tengo trabajo y...”. Llegado a este momento del discurso, nos volvimos a mirarle. Era un señor de buen aspecto, bien trajeado, con gafas, de unos cincuenta años, de modales finos, y con un sombrero en la mano, blandido a manera de bandeja petitoria. Ahora le escuchábamos con curiosidad e inusitada atención. “Tengo trabajo, repito, gano lo suficiente para mantener a mi familia y creo que es justo que lo que me sobre lo reparta entre aquellos que lo necesiten. Voy a proceder a repartir...”. Y empezó a avanzar desde el final del vagón. Nadie daba crédito a lo que había oído. Y menos a lo que empezó a hacer. De su sombrero, extraía billetes de mil pesetas y los iba ofreciendo a los pasajeros.





El primero de ellos lo rechazó. El segundo dudó un momento, y luego lo aceptó. El tercero hizo lo propio pero empezó a observar el billete a contraluz. ¿Era falso, era una propaganda original? ¿Cuál era la trampa? ¿Dónde estaba el truco? Para cuando quisimos reaccionar, el metro se había detenido y el caballero, despedido. Nos miramos y guardamos con escepticismo el billete de mil pesetas. Hubo un pasajero que lo arrojó al suelo. Minutos más tarde lo recogió con cierto nerviosismo. Al día siguiente sucedió lo mismo, y al siguiente... Al cabo de una semana, al parecer se había corrido la voz y el vagón estaba repleto de gente. El caballero no fallaba noche alguna. Hasta que un día aparecieron unos agentes de Policía que le pidieron la documentación. Les mostró el DNI y les ofreció sendos billetes de mil pesetas con una sonrisa. Se lo llevaron, al parecer por fallida corrupción de agentes policiales. Lo decía al día siguiente la prensa. Y enterada toda la ciudad del hecho, pronto cundió el ejemplo. Surgieron firmas patrocinadoras que enviaban agentes donantes por docenas. Era una cuestión de imagen. Hasta que la dirección del Metro decidió tomar cartas en el asunto. Colocó en lugares bien visibles, unos rótulos que decían: “Prohibida la filantropía”.

## EN EL TÚNEL

**E**l tren penetra en un túnel. Las luces del departamento no se encienden. La oscuridad es total. Recuerdo el juego preferido de mi llorado amigo Tic en circunstancias análogas: se pegaba una bofetada. Todos los compañeros de viaje percibían el chasquido acusador. Y tras la espera ansiosa de la luz del día, Tic, con su delator carrillo enrojecido, se sentía muy complacido al observar el rubor de su compañera de viaje, víctima de las miradas curiosas y un tanto malsanas, del resto de los viajeros...

El túnel es largo y las luces siguen sin encenderse. Una terrible duda asalta mi mente. Bien pudiera haberme quedado ciego. No sería el primer caso. Lo he leído en la prensa. Finas gotas de sudor brotan de mi frente. Abro los ojos, los pongo redondos como platos, pero no alcanzo a vislumbrar ninguna brizna de luz. Como último recurso, exclamo con voz trémula:

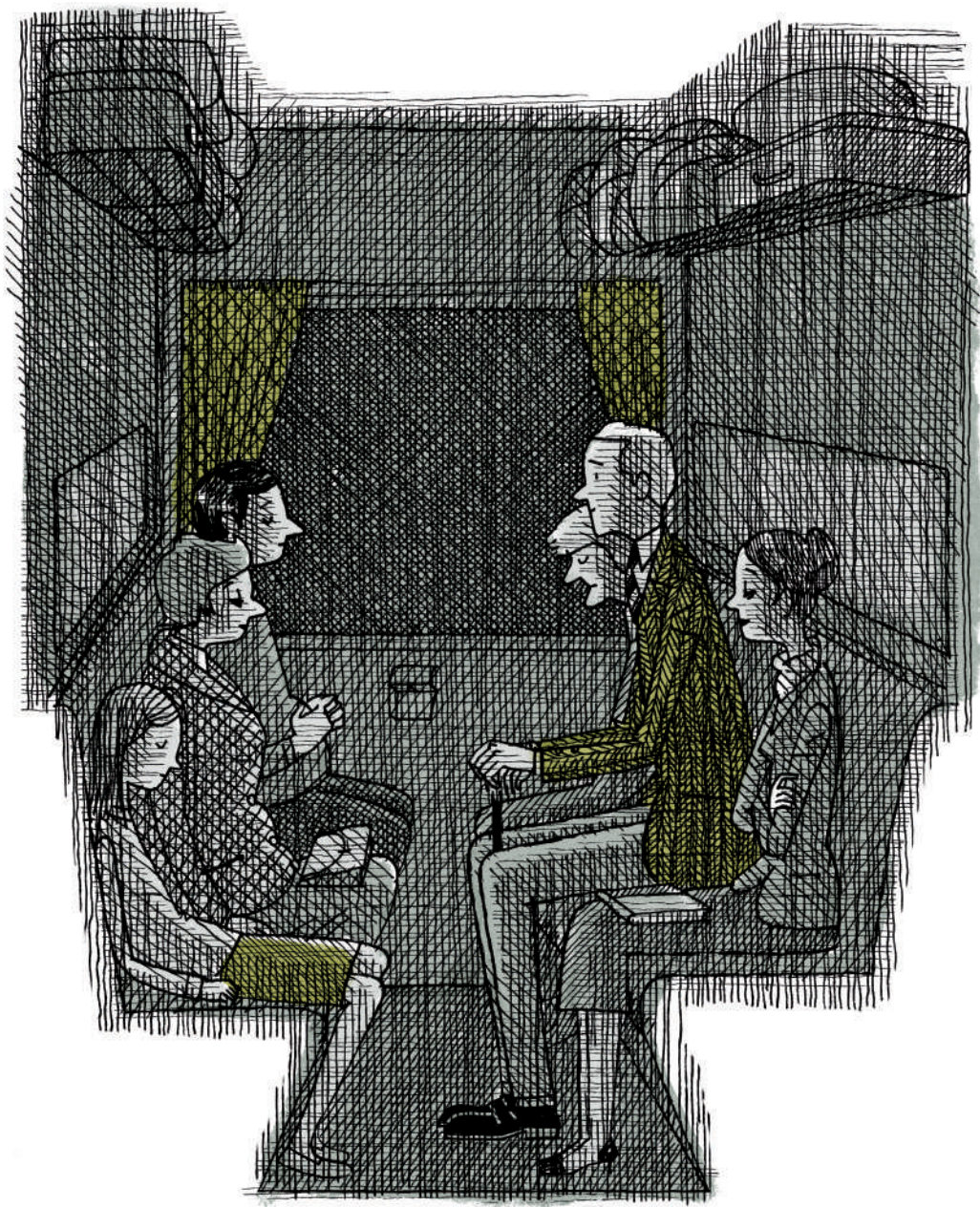
—¡Estos malditos trenes!

Todos mis compañeros de viaje, responden a coro:

—¡Estos malditos trenes...!

Mi soplo de tranquilidad se esparce por el departamento.





Una claridad percibida a través de la ventanilla, me indica que la salida del túnel está muy próxima. Cierro los ojos. Ciego, ciego para siempre. Trato de imaginármelo, trato de verme: alto, apuesto, erguido, una hermosa corbata, un elegante bastón blanco. Mis ojos, mis bellos ojos, sin fondo, sin vida y sin luz, no necesitan la protección de unas gafas ahumadas. Las mujeres me miran al pasar. Las bellas mujeres me miran. ¿Amor? ¿Piedad? Amor, amor. Pero las aparto dulcemente con mis manos. “No puede ser, no puede ser”, musito...

Y cuando ya las lágrimas están a punto de brotar de mis ojos, cuando ya la desesperación y la impotencia corroen mi ánimo, pienso que yo, con un acto de mi propia voluntad, de mi propia potencia, puedo llegar a ver... Y cuando ya el rojo de mis cerrados ojos me indica que el túnel quedó atrás, los abro de improviso. ¡Qué maravilla! El campo, el cielo, los hombres, mis compañeros de viaje. Quisiera abrazarles uno por uno... Trataría de explicarles... ¡Pobres ciegos!

## LA TERCERA COPA

No parecía encontrarse muy bien el tío Ambrosio. Después de la abundante comida se empeñó en tomar una copita, en honor de su sobrina, cuya onomástica celebraban. Y luego otra... Antes de tomar la tercera se fue al retrete y no volvió. Fueron a buscarle y se alarmaron al ver que no respondía. Forzaron la puerta. Lo encontraron acurrucado en el suelo con los pantalones y calzoncillos bajados. Respiraba fatigosamente. Lo llevaron a una cama. Su aspecto les asustó. Como no tenían teléfono, bajaron al bar. No funcionaba el apa-





rato. Comprobaron también que el de la cabina callejera estaba estropeado. Por fin, desde una cafetería lejana pudieron llamar a un “Servicio de Urgencia”, pero comunicaba. Tras mucho insistir, al cabo de cinco horas, se presentó un médico que sólo pudo certificar su defunción. Al día siguiente, su hermano mandó instalar un teléfono en casa. Costaba lo suyo, pero también se iba mucho dinero en fichas y pesetas. La tercera copa que el pobre Ambrosio no llegó a tomar la volvieron a verter en la botella.







## LA FUGA

**D**ecidieron fugarse, al igual que lo habían hecho tantas parejas de enamorados a lo largo de los siglos. A su vuelta, ante el hecho consumado, los padres de la muchacha no tendrían más remedio que aceptar la situación. El plan salió a la perfección, pero se sintió molesto al regreso, ante la efusiva alegría de los padres de la muchacha, que en momento alguno tuvieron palabras de reprobación. Se casaron de inmediato y meses más tarde, tomando café en casa de sus suegros, pudo enterarse por ellos, gracias a una trivial conversación en torno al carácter fantasioso e infantil de su hija, de lo propensa que había sido su mujer a fugas y escapatorias. Lo achacaban a la lectura de novelas, a la televisión, al cine, a las malas compañías... “Desde luego, usted fue el único que se atrevió a presentarse con ella”, afirmó la madre, mirándole con ojos agradecidos y tiernos.

## LA CAMARERA

**L**legó a la gran ciudad y entró a servir en casa de unos respetables señores. Enviaba a sus padres, que vivían allá, en el pueblo, unos modestos giros postales que con los meses fue incrementándolos, gracias a la nueva ocupación que había encontrado como camarera en un lugar que no precisó muy bien en su carta. La alegría y orgullo de los padres por aquella hija tan buena y cariñosa sufrió un rudo golpe cuando recibieron una carta de un tribunal tutelar de menores notificándoles que su hija se hallaba bajo su custodia, tras haber sido detenida en una sala de fiestas, donde, al parecer, prestaba diversos servicios, entre ellos el de camarera. Cuando la enviaron a casa, su padre le propinó una brutal paliza y su madre la insultó y escarneció despiadadamente. Días más tarde desapareció y nunca más supieron de ella. El padre, de vez en cuando, se acercaba por la oficina de Correos, esperando encontrarse con algún giro postal a su nombre: en vano. Que fuera una prostituta era una desgracia, pero que se comportara tan egoístamente con sus pobres padres, no tenía perdón de Dios, repetía el hombre una y otra vez al funcionario que le atendía.



## EN LA CÁRCEL

**H**e sido conducido al locutorio porque tengo una visita sorpresa, según me ha adelantado el funcionario. A través del cristal, observo un bello rostro adornado con una sonrisa. Es una muchacha joven, esbelta, con unos ojos claros... “¡Hija mía!”, musito. Hace quince años que no la veía, que no quería verme. Y ahora está aquí. En unos segundos acuden a mi mente bellos recuerdos en tropel. Cuando la tenía amorosamente en brazos y me pedía la Luna, y yo le daba la Luna. El día que la llevé a la escuela por vez primera, con su batita blanca, su lazo y su pelo rubio recogido en una graciosa coleta. Lloraba tanto ante la puerta que nos volvimos a casa. Mi mujer se indignó conmigo y tuve que llevarla de nuevo. De repente, unos leves toques del funcionario en la espalda me hacen volverme. Me indica que no estoy en el locutorio adecuado y que esa muchacha no es mi hija. La que ahora tengo enfrente, con gafas y gesto fruncido, no me aviva recuerdo alguno.







## UN MARIDO

**S**oy enemigo de la injusticia. Me lo repito todos los días ante el espejo, en el cuarto de baño. Mi protesta ante una situación injusta no tiene límites... Perdón, los tiene. Lo admito noblemente. No soy capaz de arrodillarme en medio de la calle, rociarme con gasolina y prenderme fuego. Soy tímido, vergonzoso y mis alaridos de terror provocarían ciertamente la atención de todos. No me gusta llamar la atención. Hay otras maneras, otras formas. “Clic”, la radio que deja de hablar. Resulta más difícil hacer lo mismo con el televisor. Mi familia protesta. Y entonces ¿qué puede hacer uno? Un amigo mío no soporta que nadie le contradiga. Su negativa la respalda con violentos puñetazos en la mesa, estrella botellas, vasos y platos contra la pared. ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo?, me dije un día. ¿Por qué no? Y estrellé una jarra contra la pared. Estábamos todos sentados, ocupando un tresillo y el locutor decía estupideces. Hecha añicos, los cristales se esparcieron por la habitación. “¡Recoge!”, dijo ella, con voz seca y autoritaria. No tuvo la más mínima consideración hacia mi persona, hacia mi dignidad de padre. Delante de nuestros hijos tuve que recoger, uno por uno, todos los trozos de la jarra, arrodillado... Al estirar el brazo para recoger un trozo de cristal alejado, mi hija protestó: “Papá, agacha la cabeza que no me dejas ver...”.

## NIÑO MODELO

**T**odas las mañanas el muchacho, huérfano de madre, antes de ir a la escuela, preparaba el desayuno para su padre, postrado en el lecho desde hacía varios años, víctima de una enfermedad incurable, y sus hermanitos. Al volver al mediodía, preparaba la comida y por la tarde, lavaba, planchaba, cosía, y al anochecer, cuando todos dormían, hacía sus deberes. También estudiaba idiomas. Era el muchacho más bueno del pueblo. El párroco se interesó por él y consiguió que le nombraran “el muchacho más bueno del año”, en un concurso patrocinado por la emisora regional. Todas las vecinas se brindaron a ayudarlo para que pudiera disfrutar del premio, “un viaje a París de diez días, para dos personas”. Le acompañó la maestra. En un mes no dieron señales de vida. Luego, su padre, en el lecho leyó lloroso una carta, del hijo, pidiéndole perdón, y advirtiéndole que se quedaban en París.



## ILESO

**E**l autobús cayó, repleto de pasajeros, por un precipicio al perder su conductor el control del volante. Se hundió en las frías aguas de un torrente y pasaron varios días hasta que todos los cadáveres pudieron ser recuperados. En total: ciento cinco muertos y un superviviente que, milagrosamente, se salvó al ser despedido violentamente del autobús en el primer encontronazo. Un periodista le hizo una entrevista, la gente le felicitaba por su suerte y una “nueva vida se abría ante él...”. Esto lo dijo el cura de su parroquia en la plática de la misa que su mujer ofreció en acción de gracias. Pasaron los meses, siguió trabajando en su modesto puesto de funcionario y murió, años más tarde, tras una larga y cruel enfermedad, lamentando su mala suerte.





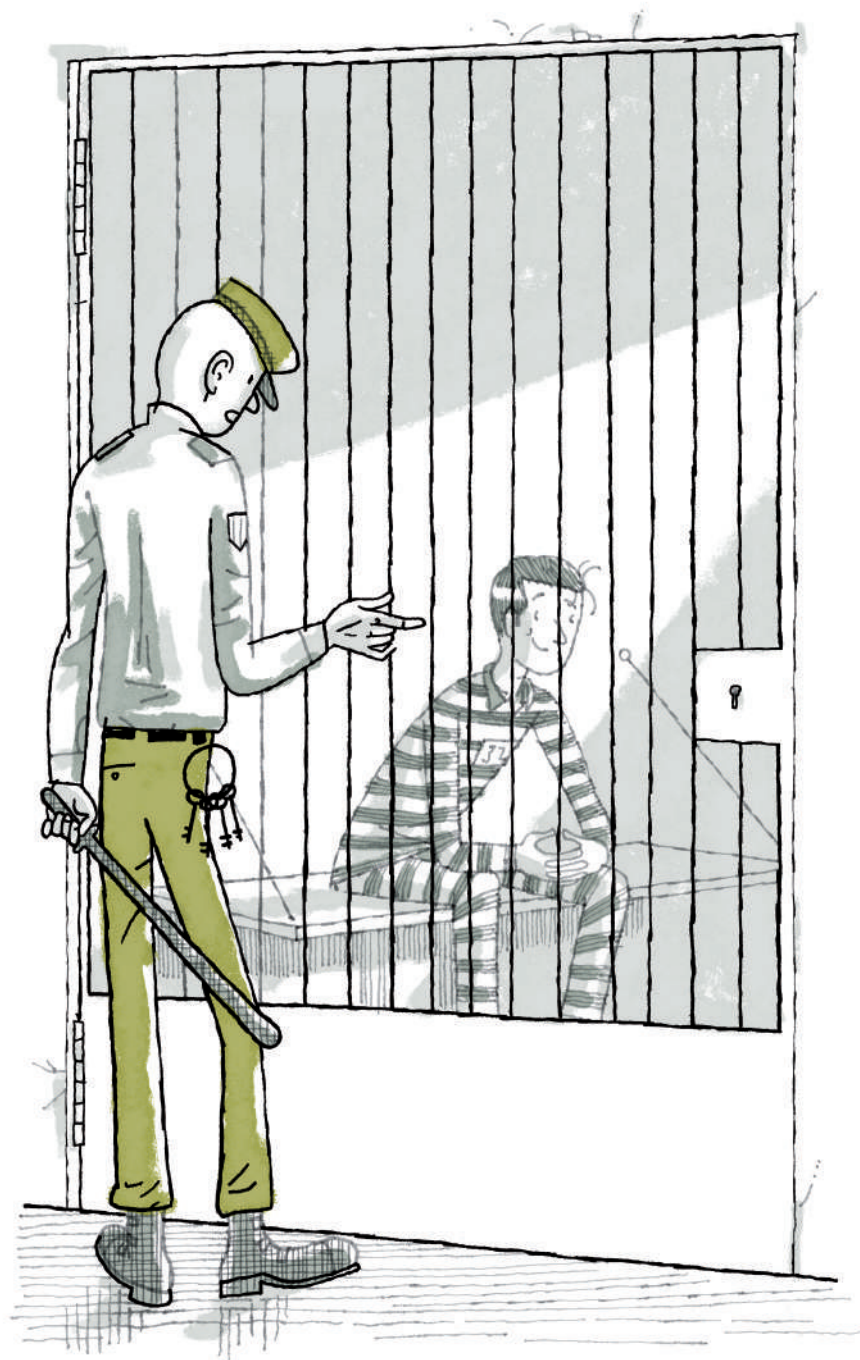


## DÉSPOTA

**C**omían y cenaban en silencio, mientras el padre leía los periódicos. Jamás una palabra, una frase o un comentario habían logrado turbar su lectura. Un día, el hijo mayor expresó su deseo de ser sacerdote, sin que el padre se percatara de lo dicho. En otra ocasión, la hija anunció, con evidente temor reflejado en sus palabras, que se iba a casar. También la madre, años más tarde, comentó que su salud no era buena. Sus palabras se entrecortaron con un débil quejido. Se enteró de su fallecimiento leyendo, naturalmente, el periódico del día, en la mesa, mientras almorzaban. Sus ojos llorosos se encontraron con los ojos cargados de odio de su frustrado hijo y de su hija solterona. Comprendió que no es bueno leer los periódicos en la mesa.

## EL HADA

**H**e tenido un sueño maravilloso. Se aparecía en mi celda una bellísima señora, un hada o algo parecido, y me preguntaba qué deseaba más en esta vida. Yo le respondía que poseerla. Me golpeó suavemente con su varita —me imagino que “mágica”, como se estila en estos casos— diciéndome: “Concedido”. Me despertó la habitual visita de control del funcionario de prisiones. “¿Y eso, qué hace eso ahí?”, me preguntó, inquisitivo, dirigiendo su mirada hacia el catre. No supe qué decirle. Parecía, era, una prenda interior femenina. Quedé atónito, estupefacto. Recogió la prenda y se la llevó. Minutos más tarde apareció el director, indignado. “¿Quién ha estado aquí esta noche?”. Le conté la verdad.





HA SIDO UN PLACER ILUSTRAR ESTAS HISTORIAS de José Manuel Alonso Ibarrola, un escritor y periodista veterano. Sus relatos cortos han aparecido, entre otros medios, en la mítica revista de humor *Hermano Lobo*. Es un apasionado de la cultura italiana, de la ópera, de Verdi (descubrió el fantasma de Villa Verdi haciendo un reportaje), de Bergonzi. Es un viajero mitómano que ha recorrido los caminos de Proust, la Viena de *El tercer hombre*, las playas de Normandía... y conoce Tahití mejor que su propia casa. Es un experto en Zavattini, a quien le regaló una boina vasca demasiado grande, pero con García Márquez acertó con el tamaño.

Es además un estupendo amigo y vecino, capaz de cambiar de habitación la máquina de escribir y de no subir la persiana para no despertarnos, o de buscar por todos los comercios del barrio una marca concreta de mejillones para reponer la lata que nos ha cogido del armario de la cocina.

*Juan Berrio*



TODO EMPEZÓ CUANDO MI VECINO Y SIN EMBARGO AMIGO Juan Berrio aceptó realizar la portada de mi último libro *No se puede decir impunemente te quiero en Venecia*. Una maravilla. Y además me regaló el original del dibujo. El libro en cuestión es una antología de todos mis libros anteriores, es decir, de todos mis relatos. Y Juan los leyó, le gustaron algunos especialmente y se brindó a ilustrarlos. Resultado: quince magníficos dibujos que captan muy bien –por lo menos eso creo yo, que soy el autor– la atmósfera, el ambiente y los escenarios donde se mueven mis personajes. Mejor dicho, mi personaje, porque Juan ha llegado a la conclusión de que el narrador de las historias soy yo mismo. Quizás tenga razón.

No me gustan las pantallas ni los móviles, adoro los libros, los amo, y en libro y buen papel es como mejor se puede disfrutar de la obra de este ilustrador, de su diseño ¡y de sus colores! Sí, esos colores que solo él consigue. Berrio es profundamente urbanita y capta los escenarios ciudadanos y a sus habitantes como pocos. Adoro sus libros, especialmente el titulado *Cuaderno de frases encontradas*, una experiencia personal muy original. Captar lo que la gente dice por calles, avenidas y paseos. Y luego anotarlos y dibujarlos. Jura siempre que él no ha inventado ninguna de las frases. Y yo he terminado por creerle.

Alonso Ibarrola







Esta edición consta  
de cien ejemplares numerados  
y firmados por sus autores.

Ejemplar nº

Madrid, 18 de noviembre de 2018



12 ilustrações de Alvaro Pires  
relatos de Alvaro Pires